

## El secreto de Barbazul

Manuel Arranz

Kurt Vonnegut, *Barbazul, autobiografía de Rabo Karabekian (1916-1988)*, trad. de Gemma Rovira, Madrid, Hermida editores, 2018.

“Si alguien ha descubierto el sentido de la vida –decía mi padre–, es demasiado tarde. Ya no me interesa”.

Un pintor fracasado (fracasado como pintor, pues vive cómodamente en una mansión con playa privada y es dueño de la mejor colección de arte expresionista abstracto de América, quizá del mundo), ya viejo, tuerto, abandonado por su primera mujer y viudo de la segunda, se dedica a escribir su autobiografía. Le ha animado a ello una escritora de éxito: “Y si no tiene nada mejor que hacer, ¿por qué no escribe su autobiografía?” Circe Berman (reparen en el nombre) es una mujer intrigante, también viuda y de buen ver, que le trastoca la vida, es decir, sus ideas sobre el arte contemporáneo, pues a poco más ha quedado reducida su vida. A eso y a unos cuantos recuerdos. Dígame también, detalle este más importante de lo que parece a simple vista, que no sabe bailar, y a la viuda en cambio le apasiona el baile. Como a todas las viudas por lo demás. De paso podrá saldar algunas deudas (escribiendo su autobiografía claro, no bailando). Deudas simbólicas (ya hemos dicho que era rico.) Todos tenemos cuentas pendientes. Si no con los demás, seguramente sí con nosotros mismos.

Cuando se escribe una autobiografía, y a la vez un diario, que es en lo que acaba convirtiéndose esta novela, uno descubre cosas de sí mismo, y de paso de los demás, que antes no sabía, o se le habían pasado desapercibidas. Cosas importantes, no vayan a pensar, no nimiedades, las nimiedades nunca nos pasan desapercibidas. Y esto es lo que le ocurre a Rabo Karabekian. Resulta que ni las cosas ni él eran como pensaba. Menudo chasco.

Rabo Karabekian –no es nadie Kurt Vonnegut inventándose nombres– es, o fue mejor dicho, un pintor expresionista abstracto. Como Pollock o como Rothko, sólo que mucho menos importante, tan poco importante que ni siquiera existió. Pero finjamos que eso no lo sabemos. Al fin y al cabo la existencia no es más que un accidente. Rabo Karabekian es de procedencia Armenia (su nombre ahora parece menos raro). Estuvo, como Vonnegut, en la guerra donde perdió un ojo, y al volver se propuso convertirse en un pintor de fama. Fracasó, como era de esperar, uno no siempre consigue lo que se propone. Un pequeño error de perspectiva, o de cálculo. Pero en cambio consiguió hacer una fortuna con el arte sin proponérselo. Rabo Karabekian es, como seguramente ya habrán sospechado, además de un personaje de ficción, un trasunto, un alter ego del propio Kurt Vonnegut. Algo que volvería a hacer en otra hilarante novela “autobiográfica”, *Cronomoto*. Allí el alter ego era el inefable escritor de ciencia ficción “descatalogado” Kilgore Trout. Es muy útil tener un alter ego a quien poder atribuir nuestras ideas más delirantes y nuestros secretos más inconfesables. Alguien que nos exonere. Un cómplice, en definitiva, alguien a quien poder colgarle el muerto. Vonnegut nos advierte en la *Nota del autor* que los personajes de ficción no existieron nunca, y que a los reales no les atribuye nada que no hubieran hecho o dicho ellos mismos. No estoy seguro. Yo creo que los personajes de ficción también existieron. Es más, creo que los personajes de ficción siempre han existido. Que lo único que ha hecho Vonnegut ha sido bautizarlos de nuevo. Ya hemos dicho que Rabo Karabekian, el protagonista de esta autobiografía ficticia, es evidentemente él mismo, Kurt Vonnegut, el autor de esta novela, que no es más que “una historia de mis propias respuestas idiosincrásicas a determinadas cosas, sencillamente”. En otras palabras: lo que debería de ser cualquier buena novela y no suele ser casi nunca.

En las novelas de Kurt Vonnegut suele haber de todo. Hay ironía, hay sarcasmo, hay crítica, constructiva y de la otra, hay humor, y hay mala uva a mansalva. Son novelas adictivas. O al menos lo han sido en mi caso. Te atrapan desde las primeras páginas y no te sueltan ya hasta el final. De manera que no tienes tiempo de pensar en otra cosa. ¿El estilo, la forma, el ritmo, la composición? Sin duda hay de todo eso, como en cualquier novela que se precie.

Pero no se perciben a primera vista, que es lo mejor que puede pasarle a una novela. Tampoco es el argumento (¿a quién le interesan las ideas sobre arte contemporáneo de un pintor de origen armenio fracasado y que además ni existió?), ni la trama, lo que nos atrae tanto. Es otra cosa. Ni siquiera un compendio de todo eso, que es la respuesta más recurrida. Yo diría, pues no se me ocurre una forma de expresarlo mejor, que es lo mismo que hace que nos sintamos bien con algunas personas, muy pocas, y mal con otras, la mayoría.

El expresionismo abstracto y los talleres de literatura creativa, son dos de los blancos (hay muchos más: la prensa, cómo se forja un mito, los malentendidos de la amistad y del amor, la egolatría, etcétera), a los que apunta sus dardos envenenados Kurt Vonnegut en esta ocasión (la verdad es que nunca dejó pasar la ocasión de hacerlo, como saben sus lectores). Dos blancos que en realidad son el mismo blanco y que le sirven para ilustrar la impostura (sincera, eso es lo malo de la impostura, los impostores se toman en serio a sí mismos y acaban por creerse sus fabulaciones) de artistas, aficionados, coleccionistas, curadores, marchantes, críticos, comisarios, galeristas, y demás personas honradas que viven de explotar el arte. Claro que de algo hay que vivir. Piensen por un momento en la astronómica cantidad de dinero que se puede llegar a pagar hoy por un cuadro que a su autor le costó un cuarto de hora pintar (si es que puede llamarse pintar a arrojar pintura a diestro y siniestro a un lienzo). Sí, ya sé, el genio no tiene precio. O lo tiene muy alto. Pero muchas veces el pintor no tiene la culpa (A Bacon le parecía un escándalo lo que se pagaba por sus obras).

Escuchemos un momento tras la puerta antes de terminar. La crítica chismosa es la mejor. La única que vale la pena.

La gente suele pensar que todos los pintores expresionistas abstractos podían hacer dibujos realistas si quisieran. Falso, se oye la cascada voz de Rabo Karabekian, no pueden porque no saben ni han sabido nunca, por eso desprecian la pintura realista. Pero, ¿por qué habrían de saber dibujar? Lo suyo es otro rollo. En pintura, y en literatura, y en general en todas las artes, por aquel entonces ya se había hecho todo, se había llegado todo lo lejos que se podía llegar. ¿Qué quedaba por hacer? ¿Repetir, imitar, copiar, plagiar lo hecho hasta entonces seguramente peor? No. Todavía se podía hacer algo. No hacer nada. Pintar obras que no significaran nada, o que el significado se lo pusiese el público. Sí, a su antojo, el público también tiene derecho a opinar, a expresarse expresionistamente. Obras aleatorias, impersonales, producto del azar, como casi todas las cosas importantes en esta vida por lo demás. Dejar chorrear la pintura sobre el lienzo, clavar un clavo, rasgar la tela, sumergirla en ácido sulfúrico, acribillarla a balazos. ¡Menudo descubrimiento! Las posibilidades son infinitas. Podemos estar tranquilos. Tenemos arte y artistas para otros veinte siglos.

Pero Rabo Karabekian, que había conocido un momento dulce, hasta que la pintura de sus cuadros comenzó a caerse a pedazos para asombro de sus propietarios, sí sabía dibujar. De hecho era la única cosa que sabía hacer bien. Pero no la hacía. ¿Por qué? Pregúnteselo a él. No crean que es un caso tan raro. Es lo que suele sucederle a la mayoría de hombres y mujeres, que se niegan a hacer lo que saben hacer, y se dedican en cambio a cosas para las que manifiestamente no sirven. Karabekian, como el Barbazul del cuento, mantiene cerrado a cal y canto su antiguo estudio: un viejo almacén de patatas que guarda un secreto en su interior. Sólo podrá abrirse, y en consecuencia desvelarse el secreto, después de su muerte. Claro que el lector puede descubrirlo si quiere. Pero sólo si lee la novela. No seré yo quien traicione a Rabo Karabekian.

Una pista: “es algo más grande que una panera y más pequeño que el planeta Júpiter”. Otra más: “Ahora les toca a las mujeres”.